

me de tierra, los méxica podían acometer los flancos de la columna, ya acudiendo por las calles laterales de tierra ó bien por los canales, conducidos por canoas.

En aquella ocasion, si no fué en dia anterior, los méxica lograron apoderarse del templo mayor, quitando las imágenes puestas por los castellanos y sustituyendo los dioses nacionales, Huitzilopochtli y Tezcatlipoca. (1) Guarnecieron la pirámide con gran copia de guerreros, encastillándose en la plataforma superior, hasta cuatrocientos sacerdotes y nobles con cantidad de víveres: aquella escogida guarnicion, desde dominante altura, disparaba de continuo una granizada de piedras con la honda y flechazos, con lo cual causaba grandes daños á los castellanos dentro de su mismo cuartel. Cuando aflojó el asalto, Cortés envió á su camarero Escobar, con cien hombres, á desalojar los importunos tiradores del teocalli. Llegados al pié de las gradas, los méxica defendieron la subida arrojando piedras, maderas y tizones, de modo que subidos sólo cuatro escalones por los castellanos, fueron rechazados con pérdida; dos y tres veces renovaron el asalto, aunque siempre con la misma desventaja. Sabido aquel reves por D. Hernando, se hizo atar la rodela al brazo izquierdo, pues tenía lastimados dos dedos de la mano, y puesto al frente de una numerosa hueste de castellanos y aliados, se dirigió al teocalli. Los jinetes eran de poco efecto dentro del atrio inferior, porque estando enlosado el piso con piedras bruñidas y lisas, los caballos resbalaban en las acometidas y caían; los peones limpiaron de guerreros aquel espacio, rodearon la base de la pirámide, y en tanto D. Hernando con los suyos se arrojó á la subida. Abroquelándose, é infundiendo ánimo en los soldados con su ejemplo y sus palabras, comenzó á trepar los ciento y más escalones de la recta escalera; defendíanle el paso arrojándole multitud de proyectiles, mientras los guerreros, anidados donde quiera que lo permitían las obras, disparaban una menuda pedrea y una nube de flechas. Ora avanzando, ora retrocediendo, D. Hernando y los suyos vencieron

(1) Respecto de la imagen, dicen los comentadores de las Cartas de Cortés, nota en la pág. 138: "esta imagen de que habla, fué la misma que hoy se venera en el Santuario de los Remedios, segun algunos, ó la pintada en un Damasco de una bandera, que recogió el Sr. Boturini, y está en la Secretaría del Virreinato, y lo primero es lo más fundado."—Véase acerca de la tradicion de la Virgen de los Remedios ó Conquistadora, á Cabrera, Escudo de armas de México, 1743, lib. II, cap. II.

todas las dificultades, logrando al cabo poner los piés sobre la plataforma superior. Perdida la ventaja de la posicion, al cerrar de cerca con los guerreros azteca, los castellanos habían recobrado todas sus ventajas. Defendiéronse valientemente sacerdotes y nobles, cayendo unos tras otros sin pedir merced; quienes no quisieron perecer á manos de los blancos, se despeñaron del teocalli abajo, estrellándose contra el suelo del atrio, en donde los peones los remataban: muchos tambien fueron precipitados por los mismos castellanos. "En fin, murieron todos, quinientos indios, como valientes "hombres; y si tuvieran armas iguales más mataran que murieran, "segun el lugar y corazon tenían." (1)

Muertos todos los defensores, D. Hernando puso fuego á las capillas del teocalli; los vencedores recogieron las provisiones allí reunidas, de que mucho habían menester, y los tlaxcalteca y cempoalteca "tuvieron buen dia, porque comieron de los caballeros mexicana "nos muertos." (2) "Los españoles habiendo hecho esta victoria, y cogido el despojo que les pareció bien, tornáronse á su fuerte, y los indios comenzaron á recoger todos los cuerpos muertos, y sus parientes vinieron y comenzaron á llevar para enterrar, haciendo gran llanto sobre ellos, porque toda era gente escogida y noble los que allí murieron." (3) Repitióse en esta, la matanza del templo ma-

(1) Gomara, Crón. cap. CVIII.—Cartas de Relac. pág. 137—139.—Bernal Díaz, cap. CXXXVI.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. IX.—Este último autor menciona un incidente, omitido por completo en los escritores ántes mencionados: dice que los indios se precipitaban del teocalli abajo y que dos guerreros méxica, "se quisieron abrazar con Cortés, para echarse con él, mas como era hombre de buenas fuerzas, desasíóse."—Torquemada, lib. IV, cap. LXIX, que en materia de la conquista copia á Herrera, cuando no sigue al P. Sahagun, repite el hecho con las mismas palabras.—En cuanto á Solís, lib. IV, cap. XVI, ya es otra cosa.—"Anduvieron juntos (los dos guerreros azteca), dice, buscando la ocasion; y apenas le vieron cerca del precipicio, cuando arrojaron las armas para poderse acercar como fugitivos que iban á rendirse. Llegaron á él con la rodilla en tierra, en ademán de pedir misericordia; y sin perder tiempo se dejaron caer del pretil con la presa en las manos, haciendo mayor violencia del impulso con la fuerza natural de su mismo peso. Arrojólos de sí Hernán Cortés, no sin dificultad, y quedó con ménos enojo que admiracion, reconociendo su peligro en la muerte de los agresores, y sin desagradarse del atrevimiento por la parte que tuvo de hazaña."—Nada encontramos de improbable en la relacion de Herrera, atormentada y sacada de quicio por Solís; sólo sí, que no la vemos confirmada por Cortés ni por Bernal Díaz. Por otra parte, cuanta loa sea merecida, pertenece á los guerreros méxica, quienes sacrificaban su propia vida, y no á Cortés quien en defensa propia rechazaba el ataque.

(2) Herrera, déc. II, lib. X, cap. IX.

(3) P. Sahagun, lib. XII, cap. XXII.

yor; pero ahora, sacerdotes y nobles no fueron asesinados, sino muertos en buena guerra.

El asalto al templo, uno de los hechos personales más bizarros de D. Hernando, puso gran admiración en los indios; la pérdida de la flor de los guerreros, quebrantó de pronto el ánimo de los méxica, y esto, unido á que las familias se ocuparon de las exequias de los muertos, dió por resultado aflojar por todas partes la pelea. Aprovechando Cortés aquellas circunstancias, asomóse al pretil de la azotea como el día anterior, acompañado de Marina, pidiendo hablar con los jefes méxica: cuando éstos se acercaron al muro díjoles: mirad como no podeis ampararos, pues os hacemos mucho daño, matando multitud de vuestros guerreros é incendiado vuestras casas, y así continuaremos hasta no dejar uno de vosotros y destruir por completo la ciudad.—Verdad es, respondieron los méxica, que nos haceis gran daño y matais muchos de los nuestros, pero estamos resueltos á sucumbir todos ó acabar con vosotros. Mirad cuán llenas de gente están calles, plazas y azoteas; si por cada uno de vosotros mueren veinticinco mil de los nuestros, acabareis primero, porque sois pocos; sabed que las calzadas están rotas, excepto una, de manera que no podreis salir sino por el agua, teneis pocos mantenimientos y careceis de agua dulce, si no logramos mataros, por el hambre perecereis. “Y de verdad que ellos tenían mucha razón, que aunque no tuviéramos otra guerra sino la hambre y necesidad de mantenimientos, bastaba para morir todos en breve tiempo.” (1)

Inútil fué la conferencia, mas supose en ella cual era la resolución irrevocable de Cuitlahuac. Aprovechando siempre las circunstancias, los castellanos hicieron una salida durante la noche y tomando descuidados á los méxica, quemaron muchos edificios de los cercanos al cuartel, unas trescientas casas la calle adelante de Tlacopan y se retiraron á la fortaleza cuando los indios acudieron á la defensa. Pasaron el resto de la noche curando á los heridos y reparando los quebrantados tortugines. (2)

Al amanecer del viérnes 29 de Junio salió D. Hernando con la mayor parte de la gente, castellanos y aliados, siempre por la calle

(1) Cartas de Relac. pág. 139.

(2) Cartas de Relac. pág. 140.

de Tlacopan; no sin resistencia y con alguna pérdida, se ganaron sucesivamente cuatro fosos, los cuales quedaron cegados con los materiales de las albarradas, las maderas medio destruidas y las piedras de los edificios laterales, quemados y arruinados. Al retirarse al cuartel dejó guarniciones competentes en guarda de todos los puntos conquistados. (1)

Era sábado 30 de Junio y la situación de los blancos empeoraba por momentos. Por repetidas que fueran sus victorias, cada una les costaba muertos y heridos, con lo cual disminuía de una manera alarmante el número de los combatientes útiles, murmuraban los soldados, principalmente los de Narvaez, maldiciendo de Diego Velázquez y de Hernando Cortés, que á tales trances los habían traído; escaseaban las municiones; recibía la gente escasa ración, pues dábáse á los aliados una sola tortilla y á los blancos un puñado de maíz; (2) cundía el desaliento en la tropa, con la dificultad de salir de la ciudad, el continuo pelear y tener siempre delante la muerte; (3) en vista de todo ello muchos capitanes y soldados importunaron al general para que abandonase la ciudad. (4) Verdad es que el intrépido caudillo no daba muestras de flaqueza, si bien pesaba toda la gravedad del peligro; así aparentó ceder á los ruegos de sus subordinados, quedando decidido, “que de noche nos fuésemos, cuando viésemos que los escuadrones de guerreros estuviésemos más descuidados. Estaba con nosotros un soldado que se decía Botello, al parecer muy hombre de bien y latino, y había estado en Roma, y decían que era nigromántico, otros decían que tenía familiar, algunos le llamaban astrólogo; y este Botello había dicho cuatro días había que hallaba por sus suertes y astrologías que si aquella noche que venía no salíamos de México, y si más aguardábamos, que ningun soldado podría salir con la vida.” (5) Parece que Blas Botello, astrólogo con puntas y ribetes de aliado del diablo, había hecho ciertas predicciones que se verificaron; á esta causa, ó por el influjo ejercido por lo maravilloso sobre la imaginación de los ignorantes, la tropa creía en los dichos del cabalista: el mismo Cortés no

(1) Cartas de Relac. loco cit.

(2) Herrera, déc. II. lib. X, cap. IX.

(3) Bernal Díaz, cap. CXXVIII.

(4) Carta del ejército al emperador, apud García Icazbalceta, tom. 1, pág. 429.

(5) Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—Oviedo, lib. XXXIII, cap. XLVII.

estaba exento de aquella pueril credulidad, dominado por las ideas profesadas y admitidas en aquella época. (1)

Resuelta la salida, las operaciones de Cortés se dirijieron á franquearla. Al amanecer y con la mayor fuerza de españoles y amigos tomó la calle de Tlacopan adelante; las cuatro cortaduras ganadas el día anterior estaban aún en poder de los blancos; pasó adelante, y no siendo mucho el tropel de los enemigos ganó las cuatro puentes siguientes, desbarató las albarradas, con los escombros llenó los fosos, y con un trozo de caballería logró barrer de guerreros la calzada entera, llegando los jinetes hasta Mazatzintamalco, cerca de Chapultepec, en donde recojieron bastimento en los maizales. (2) En aquella sazón vinieron á decir al general, que los indios que combatían el cuartel, pedían paces y algunos jefes de los méxica le esperaban para hablarle. Seguido de sólo dos jinetes tomó apresuradamente la vuelta á la fortaleza, y llegado se asomó al pretil de las conferencias para hablar con aquellos nobles. "Los cuales me dijeron, que si yo les aseguraba que por lo hecho no serían punidos, que ellos harían alzar el cerco, y tornar á poner las puentes, y hacer las calzadas, y servirían á V. M. como ántes lo facian. E rogáronme que ficiese traer allí uno como religioso de los suyos, que yo tenía preso, el cual era como general de aquella religion. El cual vino y les habló, y dió concierto entre ellos y mí, é luego pareció que enviaban mensajeros, segun ellos dijeron, á los capitanes y á las gentes que tenían en las estancias, que cesase el combate que daban á la fortaleza, y toda la otra guerra. E con esto nos despedimos é yo metíme en la fortaleza á comer." (3)

Una sumision tan extemporánea, creyóla fácilmente D. Hernando, así por cuadrar á su necesidad, como por figurarse muy quebrantados á los méxica, en vista de la poca resistencia opuesta, ya el día anterior, ya en la mañana misma; pero sólo fué una estratagemma, escapada á la astucia del general. Los méxica habían menester del sumo sacerdote para la consagracion de su nuevo rey Cuitlahuac, y recurrieron á aquel medio para ponerle en libertad. Comenzaba D. Hernando á tomar alimento, cuando vinieron á decirle que

(1) Oviedo, lib. XXXIII, cap. XLVII.

(2) Sahagun, lib. XII, cap. XXIII.

(3) Cartas de Relac, pág. 141.

los indios habían cargado furiosamente sobre las puentes ganadas, apoderándose de ellas. Se pensaba no sólo tener expedita la salida, sino avasallada la ciudad, por lo cual aquella noticia le contrarió en lo más vivo: montó á caballo al frente de los caballeros que le quisieron seguir, precipitose por la calle abajo, encontró á los peones cansados, heridos y con temor, les rehizo, se puso á su cabeza, los condujo de nuevo al combate y tras inauditos esfuerzos logró apoderarse segunda vez de las puentes, persiguiendo á los fugitivos á lo largo de la calzada hasta la tierra firme. Pero mientras la caballería se alejó, Cuitlahuac, al frente de los guerreros, cargó con nuevo impetu á las puentes, desalojó de nuevo á los blancos, apoderándose otra vez de las obras. Al tornar los jinetes con D. Hernando, se vieron envueltos por multitud de guerreros, que ya en la calzada, ya desde el agua en las canoas, combatían con notable arrojo; fué tanto el aprieto de los castellanos, que entre ellos se divulgó la noticia de haber muerto el general. "Y cuando llegué á la postrera puente de hacia la ciudad, hallé á todos los de caballo que conmigo iban, caidos en ella y un caballo suelto. Por manera que yo no pude pasar, y me fué forzado de revolver sólo contra mis enemigos, y con aquello fice algun tanto de lugar para que los caballos pudieran pasar, y yo hallé la puente desembarazada, y pasé, aunque con harto trabajo, porque había de la una parte á la otra casi un estado de saltar con el caballo; los cuales, por ir yo y él bien armados, no nos hirieron, mas de atormentar el cuerpo." (1)

(1) Cartas de Relac. pág. 142.—Oviedo quien segun propia confesion sigue en materia de conquista las relaciones de Cortés, al referir este pasage, lib. XXXIII, cap. XIII, compara á D. Hernando con Horacio Coeles, "porque con su esfuerzo é lanza sola dió tanto lugar que los caballos pudiesen pasar, é hizo desembarazar la puente, é pasó á pesar de los enemigos, aunque con harto trabajo. Porque demas de la resistencia de aquellos, había de la una parte á la otra quasi un estado de saltar con el caballo, sin le faltar muchas pedradas de diversas partes é manos, é por ir él y su caballo bien armados no los hirieron," &c.—Fundado en estos pasajes, Prescott, tom. 2, pág. 30, escribe: "Quedóse conteniendo á los enemigos hasta que hubo pasado el puente hasta el último soldado; despues de lo cual, para ponerse en salvo tuvo que dar en medio de los proyectiles de los indios un salto de cerca de seis piés, pues se habían hundido algunas de las tablas de que estaba hecho el puente." "Guapo salto, añade en la nota, para un jinete y su caballo cubiertos de pesado ace-

Dejando establecidos competentes destacamentos en las puentes por tercera vez ganadas, regresó al cuartel.

Asegurada la calzada y determinada la salida para aquella noche, preciso era tomar las determinaciones necesarias al intento. Uno de los principales problemas era, cuál destino se daría á los señores y principales, retenidos presos en la fortaleza. Ponerlos en libertad hubiera sido absurdo, pues para vengar sus injurias cada rey ó noble, se hubiera convertido en enconado enemigo; se perdía además el trabajo de haberlos arrancado uno por uno á sus pueblos. Llevarlos consigo en la retirada, no podían servir más que de estorbo, supuesto que algunos de los reyes habían sido ya depuestos por sus súbditos, carecían de la menor representacion y ya no eran buenos ni como rehenes. Un último provecho podía sacarse de ellos. Se había observado que despues de la matanza del templo mayor por Alvarado cesó la guerra mientras duraron las exequias de los nobles asesinados; sucedió casi lo mismo despues del combate en el teocalli principal; sabíase á ciencia cierta que el pueblo entero tomaba parte y se entregaba al dolor en los funerales de sus monarcas. Pues bien, si en aquella sazón se entregaban á los méxicas los cadáveres de los señores, dominados por sus costumbres se entregarían á los establecidos ritos fúnebres, soltarían las armas y dejarían franca la salida. Estas reflexiones son nuestras; pero no son completamente arbitrarias. Se fundan en los hechos mismos, en las tradiciones históricas, en las inducciones sacadas de los textos de los historiadores. Sea cual fuere el tino con que hemos discurrido, lo cierto fué que Cortés mandó dar garrote á los reyes y señores que en su poder estaban. Cacama, aunque atado á la cadena, se defendió valerosamente, recibiendo muchas puñaladas, sus despojos, con los de Itzcuaulzin, señor de Tlatelolco, y los del rey de Tlacopan,

ro.—El texto de Cortés nos parece un tanto confuso para establecer ese guapo salto traído á cuento para emular el de Alvarado. Nos ocurre además, que si los jinetes pasaron por el mismo lugar, ó todos dieron el salto ó todos pasaron por la puente; un salto de un estado, es decir, de ménos de seis pies castellanos, no es un salto prodigioso para un regular caballo; suponiendo muy guapo el salto, la honra completa es para el bruto, mereciendo muy poco el jinete que se tuvo bien fijo en los arzones.

fueron arrojados fuera del cuartel en el lugar llamado Teayotl, porque ahí había una tortuga de piedra. (1)

Respecto del cadáver de Motecuhzomá: "En fin de más razones, "mandó Cortés á un papa é á un principal de los que estaban presentes, que soltamos para que fuesen á decir al cacique que alzaron por señor, que se decía Coadlauaca (Cuitlahuac), y á sus capitanes, como el gran Montezuma era muerto, y que ellos lo vieron morir, y de la manera que murió, y heridas que le dieron los suyos, y dijesen como á todos nos pesaba de ello, y que lo enterrasen como gran rey que era, y que alzasen á su primo del Montezuma que con nosotros estaba, por rey, pues le pertenecía de heredar, ó á otros sus hijos, é que al que habían alzado por señor, que no le venía de derecho, é que tratasen paces para salirnos de México, que si no lo hacían ahora que era muerto Montezuma, á quien teníamos respeto, y que por su causa no les destruíamos su ciudad, que saldriamos á dalles guerra y á quemalles todas las casas y les haríamos mucho mal; y porque lo vieron como era muerto el Montezuma, mandó á seis mexicanos muy principales y los más papas que teníamos presos, que lo saquen á cuestras y lo entregasen á los capitanes mexicanos, y les dijesen lo que el Montezuma mandó al tiempo que se quería morir, que aquellos que llevaron á cuestras se hallaron presentes á su muerte; y dijeron al Coadlauaca toda la verdad, como ellos propios le mataron de tres pedradas y un flechazo; y cuando así le vieron muerto, vimos que hicieron muy gran llanto, que bien oímos los gritos y ahullidos que por él daban; y aún con todo esto no cesó la gran batería que siempre nos daban, que era sobre nosotros de vara y piedra y flecha, y luego la comenzaron muy mayor, y con gran braveza nos decían: "Ahora pagareis muy de verdad la muerte de nuestro rey y el deshonor de nuestros ídolos; y las paces que nos enviais á pedir, salid acá, y concertaremos cómo y de qué manera han de ser." (2)

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXIII.—Ixtilxochitl, Hist. Chichim. cap. 88. MS.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXVII.—Al asentarse que D. Hernando Cortés mandó dar muerte á los nobles que en su poder tenía y entre ellos á Motecuhzomá, sabemos que lanzamos un tremendo cargo contra la memoria del conquistador. Hemos meditado con calma; no nos mueve odio, sino convencimiento. No lo inventamos; no somos los primeros en decirlo; la cuestión se viene debatiendo desde los testigos presenciales de la conquista. Comprendemos que cuestiones como esta se conviertan

El cadáver de Motecuhzoma fué tomado á cuestras por un hombre llamado Apanecatl, quien le condujo al barrio de Huitzillan, en donde los ciudadanos le despidieron con malos tratamientos; de aquí le llevó á Necatitlan en donde le arrojaron á flechazos, sucediendo lo mismo en Teopatzinco; finalmente caminó para Acatliya-

en asunto de nacionalidad; porque los indios afirman un hecho, los españoles deben contradecirle y vice versa. Nosotros llevamos en las venas la sangre de los vencidos y de los vencedores; vivimos en tiempos lejanos de los sucesos; no tenemos relaciones próximas ningunas, ya con el antiguo imperio azteca, ya con la colonia española; no pretendemos acariciar los pasados recuerdos históricos de los pueblos primitivos, ni tenemos temor ó miramiento por las autoridades coloniales: podemos, pues, ser justos y discutir con calma: busquemos la verdad. Espacio estrecho es el de una nota para discutir tan grave asunto, no obstante, condensaremos cuanto sea posible nuestras razones, dándoles la forma de apuntamientos.

Cortés, en Lorenzana, pág. 136, dice: "le dieron una pedrada los suyos en la cabeza, tan grande, que de allí á tres dias murió; é yo le fice sacar así muerto á dos indios de los que estaban presos, é acuestas lo llevaron á la gente, y no sé lo que de él se hicieron; salvo que no por eso cesó la guerra, y muy récia, y muy cruda de cada día."—De estas frias y desdeñosas palabras se desprende, que herido el rey el 27 de Junio, murió á los tres dias, el 30 fecha de la salida. Los hijos y parientes del monarca estaban dentro del cuartel, á ellos tocaba recojer los despojos; sin embargo, el cadáver fué conducido fuera para lograr un pensamiento que se trasluce en las palabras, "salvo que no por eso cesó la guerra."

Bernal Diaz, cap. CXXVI, relata lo de la pedrada y prosigue: "antes cuando no nos catamos, vinieron á decir que era muerto, y Cortés lloró por él y todos nuestros capitanes y soldados; é hombre hubo entre nosotros, de los que le conocíamos y tratábamos, que tan llorado fué como si fuera nuestro padre."—Segun este veraz cronista, recibió el ejército la noticia de la muerte del rey como una cosa inesperada, sin antecedente; y supuesto que todos vivían juntos en el cuartel, algunos, si no todos, debían estar informados de la gravedad del monarca. Al llanto de Cortés déle valor quien leyere. El mismo Bernal Diaz, en el texto de arriba, explica para cuáles objetos fué llevado el cadáver al campo de los méxica; que vieran que ellos le habían matado, y no los castellanos, que le enterrasen como á gran rey, que alzasen por señor al primo en el cuartel preso, que desconociesen á Cuiclahuac é hiciesen paces, dejando franca la salida de la ciudad.

Gomara, Crón. cap. CVII, escribe: "luego Cortés publicó la herida y peligro de Moteczuma, mas unos lo creían y otros no, empero todos peleaban á porfia. Tres dias estuvo Moteczuma con dolor de cabeza, y at cabó murióse. Cortés, porque los indios viesen que moría de la pedrada que ellos le habían dado, y no de mal que él le hubiese hecho, lo hizo sacar acuestas, á dos caballeros mexicanos y presos, que dijeron la verdad á los ciudadanos" &c.—Extraña satisfacción dada al enemigo en los mismos momentos del combate; traslúcense en las palabras del historiador el deseo de prevenir cuanto de contrario se pudiera decir.

capan, en donde Apanecatl dijo al pueblo: "Caballeros y señores míos, hé aquí al desventurado Motecuhzoma, "¿por ventura aún lo he de andar cargando?" Aquellos dieron orden para que recogieran el cadáver: inmediatamente lo recibieron, y ordenaron á los calpixque que lo quemaran, como lo hicieron en efecto. (1) El cadáver de

Oviedo, lib. XXXIII, cap. XIII, copia las palabras de Cortés. En el mismo libro, cap. XLVII, pone otra version, segun la cual Motecuhzoma murió en el combate de aquella noche; mas se afirma en que el hecho pasó cual Cortés le relata, por lo que le oyó de viva voce á Pedro de Alvarado. En el repetido libro, cap. LIV, Juan Cano decía á Oviedo: "Montezuma murió de una pedrada que los de afuera tiraron," &c.

Herrera, déc. II, lib. X, cap. X, asegura no haber sido mortal la herida de la cabeza; pero como Motecuhzoma no consintió le curasen ni quiso comer, de ahí á cuatro dias murió. "Y en habiendo cuatro horas que era muerto, se asomó Cortés al azotea de la casa, hizo señal que cesase la batalla, y que quería hablar á los capitanes, díjoles, "que habían dado mal pago á su gran señor, pues le mataron de una pedrada, y que había muerto más de enojo que de la herida: que se le embiaría para que le enterrasen conforme á su costumbre, y que no porfiasen más, pues Dios que era justo, asolaría aquella ciudad por sus manos." Dijeron "que ya tenían caudillo, que no querían vivo ni muerto á Moctezuma," y otras desvergüenzas tales. Bolvióles Cortés las espaldas: mandó á dos señores de los que con él estaban, que lo sacasen á cuestras para que viesen que murió de la pedrada."

Heurico Martinez, Reportorio de los tiempos, trat. II, cap. 31, sigue la version de la muerte de Motecuhzoma ocasionada por la pedrada.

Estos son los escritores testigos presenciales de los hechos, ó contemporáneos de ellos, ó que pudieron informarse de los antiguos, ó escribieron teniendo á la vista documentos verdaderos y fehacientes; los de tiempos posteriores son de menor autoridad. Este grupo con cuantos les copiaron forman propiamente lo que podremos llamar la version castellana.

Fr. Juan de Torquemada, lib. IV, cap. LXX, copia á Herrera y en seguida á Sahagun, y no sabiendo decidirse entre las dos encontradas opiniones, deja la solucion del problema al juicio de Dios.

Vetancourt, Teatro Mexicano, 3, P. T. 1, siguiendo á Torquemada admite la muerte de Motecuhzoma por la pedrada, aunque para castigar á los méxica por no

(1) Así en el texto mexicano de la pintura publicada por Aubin. Herrera, déc. II, lib. X, cap. X, conjetura, á nuestro parecer sin fundamento, "que le debieron de enterrar en el monte de Chapultepec, porque allí se oyó un gran llanto."—Torquemada, lib. IV, cap. LXX, fundado en una relacion escrita por los indios, asegura que el cadáver del rey fué conducido á Copalco, en donde le quemaron en una grande hoguera; mas como aquel deber no le cumplían los méxica por respeto ó cariño, no faltó entre los circunstantes quien prorumpiera en denuestos é injurias contra la memoria del rey.

Itzcuahtzin fué conducido en una canoa á Tlatelolca, en donde se le hicieron los honores fúnebres en medio de lágrimas de sus súbditos, de quienes era muy amado. (1)

A la cuenta que llevamos del calendario azteca, confirmada por las autoridades que poco adelante citaremos, Motecuhzoma Xoco-

apetecer el cuerpo de su rey, "y meterles miedo les dieron garrote á los que tenían presos, entre ellos el rey de Tlatelulco, Itzcuahtzin, arrojaron los cuerpos al tegu-tayo, que quiere decir lugar de la tortuga de piedra. Este medio eligieron los españoles para obligar á los mexicanos á temor viendo muertos á sus reyes, y á entrete-nerlos en las exequias para poder salir."—Estos dos últimos autores parece forman el eslabon que une la version española con la mexicana que vamos á examinar.

Fr. Bernardino de Sahagun, lib. XII, cap. XXIII, escribe: "Esta manera se de-terminaron los españoles á morir ó vencer valerosamente, y así hablaron á todos los amigos indios y todos ellos estuvieron firmes en esta determinacion; y lo primero que hicieron fué que dieron garrote á todos los señores que tenían presos, y los echaron muertos fuera del fuerte; y ántes que esto hiciesen les dijeron muchas cosas y les hicieron saber su determinacion, y que dellos había de comenzar esta obra, y lue-go todos los demas había de ser muertos á sus manos. Dijéronles: "No es posible que vuestros ídolos os libren de nuestras manos." Y dizque (errata por, desque) les hu-bieron dado garrote, y vieron que estaban muertos, mandáronles hechar por las azu-teas fuera de la casa, en un lugar que se llamaba *Tortuga de piedra*, porque allí es-taba una piedra labrada á manera de tortuga;" &c.

El Códice Ramírez MS. relata la manera con que Motecuhzoma salió al pretil pa-ra hablar con los méxica y prosigue: "Dicen algunos que entonces dieron una pe-drada á Motecuzuma en la frente, de que murió, pero no es cierto, segun lo afirman todos los indios; su fin fué como adelante se dirá."—En efecto, dice adelante: "y yendo á buscar al gran rey Mecuczuma dicen que le hallaron muerto á puñaladas, que le mataron los españoles á él y á los demas principales que tenían consigo la noche que se huyeron, y éste fué el desastrado y afrentoso fin de aquel desdichado rey, tan temido y adorado como si fuera Dios."

Acosta, Hist. nat. y moral, lib. VII, cap. XXVI copia con algunos variantes los dos párrafos anteriores.

El P. Duran, hacia el final del cap. LXXV, MS., al hablar de la pedrada, asegura que, "á Motecuhzoma le dió en la frente, casi junto á la mollera, la cual, aunque le hirió, fué al soalayo y no le hizo casi herida, sino muy poca; que otros dicen que juntamente le hirieron en un pié de un flechazo, la cual relacion es de diversos au-tores, porque lo del flechazo no lo trata esta historia, sino relacion de un indio par-ticular."—En el cap. LXXVI dice, que buscando en el cuartel al emperador, despues de la salida de los castellanos, "le hallaron muerto con una cadena á los piés y con cinco puñaladas en el pecho y junto con él muchos prin cipales y señores, que junta-mente estaban presos, todos muertos á puñaladas, los cuales mataron á la salida

(1) Torquemada, lib. IV, cap. LXX.

totzin, noveno rey de México, pereció á 30 de Junio 1520, corres-pondiente al año Ome tecpatl, dia chiconahui Ollin, décimo segun-do del mes Tecuilhuitontli. Al ver su trágico y lastimero fin, el corazon se siente conmovido, sin que la compasion deje lugar á la

que salieron de los aposentos."—Duro se le hace al autor seguir esta version; pero lo afirma así, porque así consta en la historia que le sirve de norma, lo corrobora la pintura que lo relata y lo sostiene la tradicion constante entre los indios.

Afirma que á Motecuhzoma le mataron los castellanos, metiéndole la espada por la parte baja, un fragmento de historia que por el papel y la letra parece escrito du-rante el siglo XVI.

Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 88, MS., hablando del desastrado fin de Caca-matzin, asegura, "que queriendo ya los españoles salirse huyendo de la ciudad, aquella noche, ántes le dieron cuarenta y cinco puñaladas, porque como era belico-so se quiso defender de ellos, y hizo tantas bravezas que con estar preso les dió en que entender," &c.—En la relacion XIII, pág. 8, consigna en lo relativo á Motecuh-zoma: en donde dicen que uno de ellos le tiró una pedrada de la cual murió, aunque dicen sus vasallos que los mismos españoles lo mataron y por las partes bajas le metieron la espada."

Hariamos resultar algunas congruencias, si el espacio nos lo permitiera. Nota-remos de paso, que la relacion mexicana, idéntica en el fondo, cambia en los por-menores, esto se explica porque el pueblo todo no vió el cadáver del monarca, y só-lo supo la manera violenta con que pereció, como en el texto explicamos, pero es de advertir que la opinion no solo está sostenida por los indios, sino por los mis-mos castellanos, y éstos son monjes ó eclesiásticos, personas entendidas, perfecta-mente informadas de los hechos, estando por su carácter y nacionalidad al abrigo de toda sospecha de parcialidad, encono ó mentira. Nos decidimos por la version india.

La cuestion de cuál fué la muerte de Motecuhzoma, ha sido ya controvertida. Clavijero Hist. ant. tom. 2, pág. 103, se expresa de esta manera: "En uno de aque-llos dias que probablemente fué el 30 de Junio, murió dentro del alojamiento de los españoles, el rey Motecuzoma, á los 54 años de edad, y 18 de reinado, y el sétimo mes de su encarcelamiento. Acerca de la causa, y de las circunstancias de este acae-cimiento, reina tanta variedad entre los historiadores, que parece imposible averiguar la verdad. Los historiadores mexicanos atribuyen su muerte á los españoles, y los españoles á los mexicanos. Yo no puedo creer que los españoles se decidiesen á quitar la vida á un rey á quien debían tantos bienes, y de cuya muerte sólo podían aguardar grandes males. Segun Bernal Díaz, autor sincerísimo y testigo ocular, su pérdida fué llorada no ménos por Cortés que por todos los capitanes y soldados, como si todos hubiesen perdido en él, un padre. En efecto, Motecuzoma los favo-rió extraordinariamente, sea por inclinacion, sea por miedo: siempre se les mostró benévolo y sincero, á lo ménos no hay razon para creer lo contrario, ni se sabe que recibiesen de él un solo disgusto, como ellos mismos lo confesaron."—Dirémos

ira que despierta su fatal conducta. Le flajela el azote de la historia: la tierra le sea leve. Queda como invencion piadosa, debida á la pluma del historiador tlaxcaltecatl, Diego Muñoz Camargo, que próximo á morir recibió las aguas del bautismo: tal vez el cronista intentaba compensar al difunto rey, siquiera fuera en deseo, la pér-

muy de priesa. Esta no es defensa, sino una opinion personal, fundada en reflexiones de conveniencia y no en autoridades formales. Si es imposible encontrar la verdad lógicamente, el escritor no debe optar por ninguno de los dos extremos. Si la razon de aceptar la muerte de Motecuhzoma como resultado de la pedrada, es que los castellanos sólo podían aguardar grandes males de aquel acontecimiento, la razon resulta absolutamente falsa. El rey era ya completamente inútil, porque los méxica habían desconocido su autoridad y levantado nuevo monarca; como lo expresa una autoridad histórica, el cadáver servía para entretener á los indios en las exequias, mientras los españoles abandonaban tranquilamente la ciudad. Motecuhzoma se mostró benévolo en demasía; es verdad. También lo es que Cortés le trató con halago y deferencias. Pero también es cierto que el general cambió por completo, respecto de su cautivo, desde que retornó de haber vencido á Narvaez, ya orgulloso de su nuevo poderío, ya rencoroso por el trato del monarca indio con los blancos de Cempoalla.

Prescott, Hist. de la Conq. tom. 2, pág. 17, prorrumpe indignado: "Apénas es necesario refutar una imputacion tan monstruosa, pero que sin embargo ha encontrado acogida en algunos escritores modernos. Independientemente de cualesquiera otras consideraciones, bien se habrían guardado los españoles de procurar la muerte de Motecuhzoma, siendo, como lo observa muy bien el tezcocano Ixtlilxochitl, el golpe peor que pudieran recibir, pues esto era romper el último vínculo que les ataba á los mexicanos. Hist. Chichim. ubi supra."—Esta opinion descansa en los mismos fundamentos que la de Clavijero. La idea de que los españoles mataron á Motecuhzoma no es de algunos de los escritores modernos, sino de algunos de los antiguos y entre ellos de los primitivos. El vínculo entre los méxica y los castellanos era en realidad Motecuhzoma; pero este vínculo dejó de existir desde el 27 de Junio, dia en que los vasallos desconocieron é insultaron al soberano. La muerte de Motecuhzoma en nada podía empeorar la situacion de los blancos, como la existencia del rey les era completamente inútil. Lo que escribe Ixtlilxochitl, Hist. Chichim, cap. 88, es: "Con la muerte de este poderosísimo rey fué grandísimo el daño que á Cortés y á los suyos se les siguió, y muerto Motecuhzoma apretaron mucho á los españoles." No contiene lo que Prescott parafrasea, y además, el dicho es falso. Por el testimonio de Cortés consta, que los méxica apretaron á los castellanos ántes y despues de haber herido al monarca; muerto éste tan sólo siguió en México la batalla de la noche. Segun hemos visto, Ixtlilxochitl sigue la version mexicana, y por consiguiente no puede patrocinar la opinion de Prescott en este capítulo. En cuanto á las autoridades aducidas por el mismo distinguido escritor norteamericano, pág. 16, tenemos el sentimiento de asegurar, que todos hacen á este propósito cual se pudiera pretender.

dida del trono y existencia, con la salvacion del alma: es completamente absurdo el pensamiento; el monarca sólo se mostró inquebrantable en no abandonar el culto de sus abominables dioses. (1)

(1) Acerca del pretendido bautismo de Motecuhzoma, así como en lo relativo á su muerte, consúltese la muy interesante disertacion, inserta en el Boletín de la Soc. de Geografía y Estadística, tom. 10 pág. 357, é intitulada: Bautismo de Motecuhzoma II, noveno rey de México. Disquisicion histórico-crítica de esta tradicion, por D. José Fernando Ramirez.

Cuanto se refiera acerca de esta materia queda destruido ante esta autoridad:—"102. Item: si saben que el dicho Montezuma é todos los señores de la tierra estaban tan obdientes, así en las cosas de su conversion á nuestra fé, como en el servicio, que permitieron que de su principal templo fuésen quitados los ídolos, é puestas imágenes de nuestra Señora é de otros Santos: é si saben quel dicho Montezuma, oya con muestras de buena voluntad las cosas de nuestra Fee, é pidió ser bautizado, é se defirió su bautismo hasta la Pascua florida, por hacerse con toda solemnidad." Interrogatorio, Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 343—44.

Si por esto consta que Motecuhzoma no fué bautizado, no por eso deja de aparecer embrollada la pregunta. ¿Para cuál Pascua florida se difería el bautismo? La de aquel año 1520, era ya pasada, sin que aparezca tuviera lugar la solemnidad; acaso se debería verificar en la Pascua florida del año siguiente.

CHITANAC

El texto de esta página está muy desdibujado y difícil de leer. Parece ser un fragmento de un documento o una lista de nombres, pero no se puede transcribir con precisión. Se observan algunas palabras como "CHITANAC" y "1520".

El texto de esta página también está muy desdibujado. Parece ser un fragmento de un documento o una lista de nombres, pero no se puede transcribir con precisión. Se observan algunas palabras como "1520" y "CHITANAC".